

La última pregunta

Si tuviera que definir a Isaac Asimov como escritor, no tendría que rebuscar mucho: un tipo que sabe cómo contar una historia, que tiene agudísimos problemas narrativos para construir sus personajes y diferenciarlos —en *Némesis*, por ejemplo, todos los personajes parecen el mismo salvo por el tamaño de los músculos trapezoides o los senos; en sus relatos infumables de la guerra fría, alguno de ellos infecto, Scratchy y sus dos compañeros son exactamente Scratchy, burdamente dibujado con su bigote de morsa, y nada más— y que cuenta más que sugiere, con lo que en aquellas ocasiones en las que su literatura ha alcanzado cotas dimensionadas lo ha hecho porque se lo ha contado al lector explícitamente, no porque confíe en que el texto lo revele.

Si nos fijamos en obras maestras del género como *Solaris* o *Fahrenheit 451*, vemos que a la significación, intensidad y tensión que reclamaba Julio Cortázar se les une un interés proyectado en los personajes fruto de muchas horas de trabajo, y una reflexión implícita en el texto del lugar que corresponde al arte y la literatura en el mundo técnico-ético que habitamos. También que es crucial que cada personaje traiga su propia historia de la mano. Como suele decir Milan Kundera, no se trata de describir al personaje porque haya que hacerlo visible (él ni se molesta, salvo si una parte del cuerpo representa algo que quiere resaltar del personaje y que explica su psicología), sino de describirlo a través de sus acciones y elecciones, de su psicología.

Saber contar una historia no tiene por qué ser suficiente (y ya es mucho). Hay miles de escritores que se malogran porque solo saben contar una historia no necesariamente escribiéndola, también hablando con conocidos o más a sí mismos que a los demás. Saber plasmar una historia en el papel atendiendo al lugar en el que es más efectivo configurar los elementos de la trama, intuyendo qué es creíble y qué no del argumento, por qué es mejor narrar como si no supieras adónde va el personaje y tantas y tantas cosas que hay que tener en cuenta para que una narración sea perenne, trascienda, como lo queramos llamar, es lo que hacen un Lem, una Le Guin, una Samanta Schweblin, un Philip Roth, un Cortázar.

Cada año reviso aquellas partes de la historia universal que escribió Asimov (o que se publicaban como obra suya, a saber, quizá empleó «becarios» como Jack London cuando el trabajo se le acumulaba) que me interesan especialmente, aquí en España editadas por Alianza de bolsillo. También los libros de ciencia y sus opiniones sobre la excentricidad orbital, la entropía, la tercera ley de la termodinámica y la dificultad (borremos el vocablo ‘imposible’ de la terminología científica y nos llevaremos menos bofetones) del movimiento perpetuo. Y siempre tengo la sensación de estar en presencia de una mente privilegiada y anticipada a su época cuyo sentido del humor es más el de un artista que el de un científico o historiador. Esto se percibe porque hay momentos de su literatura que demuestran que el narrador cree en una ética propia

del arte a otro nivel de la ética científica, religiosa o política. Pero todo lo avasallador que tiene lo multidisciplinar de Asimov, tiene también su reverso tenebroso: su energía se ha dispersado en tantos campos distintos que ni ha sido el gran escritor que ha sido Lem, ni el gran físico que ha sido Feynman, ni el gran bioquímico que han sido los Watson o Crick.

Pero Isaac Asimov sabe contar una historia. Y más: su osadía imaginativa sabe llegar a donde no ha sabido llegar filósofo o escritor alguno, y además de hacerlo literariamente aunque en contadas ocasiones, como esta, donde la ética de la creatividad desborda cualquier cauce hablándole al lector sin tapujos de la trascendencia del arte y el pensamiento.

Sin duda vamos a hablar del relato más logrado de Asimov cuyas grandes ideas (*Yo, robot, Fundación, Los propios dioses*) no suelen lucir con el esplendor literario de escritores puros —o más entregados a ese único ejercicio, como Bradbury— como los que menté antes. En el caso de *La última pregunta* Isaac Asimov construye algo que trasciende, como su computadora Multivac, los límites del tiempo y el espacio para formular no una pregunta, sino la pregunta de las preguntas, que «por demostración», como suele explicarse su literatura, aunque no sea del todo de mi agrado es inauditamente efectiva y conmovedora esta vez, nos cuenta el narrador hacia el final del relato, explica las conexiones entre el principio y el fin del universo y el pensamiento y la creatividad humanas. *La última pregunta* fue publicada en 1956 en la prestigiosa revista *Science fiction Quarterly*.

Estamos en el año 2061. Un veintiuno de mayo que quedará grabado en los anales de la historia la humanidad «se bañaba en luz». El ser humano por primera vez ha accedido al uso de energía estelar y las técnicas de combustión de petróleo y fisión del uranio han quedado obsoletas. Los viajes interestelares son ya una realidad, o podrán serlo, porque la energía es renovable, incansable, infinita. Y todo ello gracias a la capacidad de formular preguntas y proveer respuestas de Multivac, la computadora creada por el hombre que ha diseñado una estación espacial diminuta a la que todo el planeta se ha conectado para surtirse de energía solar gratuita y perenne. Multivac es un primor de computadora: se autorregula y autoajusta, no necesita a los técnicos que la supervisan para nada. Es un gigante de kilómetros de tubos y cables cuyos diodos se encienden y apagan cada segundo del día. Lupov y Adelle escapan de la celebración masiva y beben cerveza mientras Adelle alaba la capacidad del hombre y su creación computarizada: gracias a esto tendrán energía para siempre.

—No para siempre.

—Ah, vamos, prácticamente para siempre. Hasta que el Sol se apague, Bert.

—Entonces no es para siempre.

—Muy bien, entonces. Durante miles de millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Las piezas del tablero están bien dispuestas por Asimov, la jugada se insinúa ya en la primera

página: a un lado el hombre, su optimismo insensato (tan necesario) y su cuestionamiento de todo (también tan necesario); a otro, su creación, la computadora, que hasta ahora satisface todas las preguntas que el hombre le ha hecho. La discusión eleva el tono y el interés: Lupov acusa a Adell de ser malo en lógica, de estar pensando en conectarse a otra estrella cuando la suya se apague. Adell acaba reconociendo que «tal vez puedan reconstruirse las cosas una vez acabadas». ¿Puede revertirse la entropía? ¿Puede rehacerse el árbol quemado a partir de sus cenizas y rescoldos? La pregunta es formulada por primera vez: Multivac enmudece. Por un instante en el que ambos técnicos contienen la respiración ética, todo el peso de la pregunta se hace sentir, lo que es una asombrosa construcción atmosférica por parte de Asimov, aquí el escritor más que el científico o filósofo.

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA

Los técnicos desaparecen de la escena. Asimov da un salto en el tiempo y el espacio y nos desplazamos a un sistema en el que una nave espacial transita alegremente por el hiperespacio. Jerrodd, papá de las niñas Jerroddettes, le dice a su mujer Jerroddine que están llegando al sistema X 23. Una conversación entre los dos nos da a entender que han abandonado la Tierra por superpoblación y colonizan nuevos planetas. Ambos se enorgullecen de su Microvac, una versión mejorada y menguada físicamente de Multivac. Gracias a Microvac el salto hiperespecial ha sido posible, como el conocimiento de nuevas nebulosas, galaxias y mapas interestelares. La conversación entre ambos toma una deriva filosófica y nostálgica, hasta que Jerrodd comete un *lapsus linguae*. Menciona el vocablo ‘entropía’ delante de las niñas. Antes de que pueda rectificar o pasar a otro tema, las Jerroddettes quieren saber sobre esa entropía.

—Entropía, querida, es solo una palabra que significa la cantidad de desgaste del universo. Todo se desgasta, como sabrás, por ejemplo, por tu pequeño robot walkie-talkie, ¿recuerdas?

—¿No puedes ponerle una nueva unidad de energía, como a mi robot?

—Las estrellas son unidades de energía, querida. Una vez que se extinguen, ya no hay más unidades de energía.

La reacción de las niñas es de pánico. Entonces ¿qué pasará cuando se apaguen las unidades de energía? Piden que se lo pregunte a Microvac. Jerrodd lo hace, pero ordena a la computadora que imprima la respuesta, porque algo, genialmente sugerido otra vez, le impide escucharlo de viva voz delante de sus hijas. La respuesta, que el lector ya se imagina cuál es, es hurtada al entendimiento de las niñas. Jerrodd dice que la computadora se encargará de ello en su momento y que no hay que preocuparse, que se acuesten un rato y se despertarán en su nuevo hogar. Antes de destruir el papel, Jerrodd relee:

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA

Un nuevo salto en el tiempo y el espacio nos lleva con VJ-23X y MQ-17J de los planetas Micron y Lameth, que preparan un informe para un consejo galáctico. La raza humana se ha expandido por varias galaxias en poco más de veinte mil años y la población se duplica cada diez años, gracias a que los seres humanos son ahora inmortales. Ambos se preguntan con razón cuántas unidades de energía solar harán falta para trasladar galaxias enteras a otras galaxias cuando estas se consuman. La huida hacia los focos de calor no puede ser más evidente, aunque la expansión al estilo patógeno viral y la inmortalidad sugieran una edad de oro tecnológica.

—Puede haber alguna forma de revertir la entropía. Tenemos que preguntárselo a la Galáctica AC. Es un problema que la raza humana tendrá que enfrentar algún día.

La AC planetaria es ahora un instrumento de cinco centímetros cúbicos conectado a la Galáctica AC a través del hiperespacio. La respuesta de la tecnología más avanzada 20 000 años después sigue siendo la conocida.

Hasta este momento todo tiene un carácter de narración exploratoria, sugestiva, sin adentrarse más de lo necesario en la cuestión que ocupa el relato, que va ganando forma de atmósfera inquietante e irresoluble. Pero aquí han acabado las concesiones, parece decirnos Asimov. El problema sigue existiendo y la capacidad tecnológica e incluso la superación de la misma muerte se muestran inanes para resolverlo. El nuevo salto espacio temporal es algo más esta vez: dos mentes llamadas Zee Prime y Dee Sub Wun intercambian pensamientos desde galaxias muy distantes. Los humanos ya no habitan sus cuerpos, inmortales e indestructibles y cuidados por autómatas también inmortales, sino que extienden sus capacidades mentales por el espacio como ondas ubicuas. Discuten sobre cuál fue la galaxia originaria, aquella galaxia en la que fue originado el hombre y donde todo empezó. Como es propio de seres energéticos y civilizados, recurren a una inteligencia más antigua que ellos mismos, la Universal AC, cuando se ven incapaces de llegar a alguna conclusión.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las galaxias mismas se encogieron y se convirtieron en un polvo nuevo, más difuso, sobre un fondo mucho más grande. Tantos cientos de billones de galaxias, cada una con sus seres inmortales, todas llevando su carga de inteligencias, con mentes que vagaban libremente por el espacio. Y sin embargo una de ellas era única entre todas por ser la Galaxia original. Una de ellas tenía en su pasado vago y distante, un período en que había sido la única galaxia poblada por el hombre.

La Universal AC habita ahora en el espacio y su parte visible, cuenta el único que la vio, es no mayor que un globo. Zee Prime es dirigido a la galaxia original del hombre, y descubre que la estrella quemó su energía y ahora es una enana blanca.

—¿Todos los hombres murieron?

—Como sucede en estos casos, un nuevo mundo para sus cuerpos físicos fue construido en el tiempo.

—No quiero que eso suceda. Ni siquiera en varios billones de años. ¡Universal AC! ¿Cómo puede evitarse que las estrellas mueran?

TODAVÍA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA. Con aire desdichado, Zee Prime comenzó a recoger hidrógeno interestelar con el cual construir una pequeña estrella propia. Si las estrellas debían morir alguna vez, al menos podrían construirse algunas.

El salto en el espacio tiempo ya no debe producirse: ahora el hombre es uno solo. Todas las mentes se han fusionado y lo que ven las mentes es preocupante: la muerte del universo. La mente del hombre pregunta a la Cósmica AC, que ahora habita el hiperespacio y ha trascendido las limitaciones que le imponían la materia y la energía, si hay alguna posibilidad de revertir la entropía. Recibida una vez más la respuesta aparentemente eterna, el hombre ordena que recoja datos adicionales.

—Lo haré. Hace cientos de billones de años que lo hago. Mis predecesores y yo hemos escuchado muchas veces esta pregunta. Todos los datos que tengo siguen siendo insuficientes.

—¿Llegará el momento en que los datos sean suficientes o es un problema irresoluble en todas las circunstancias concebibles?

—Ningún problema es irresoluble en todas las circunstancias concebibles.

Y tanto. El ser humano lo ha olvidado, puesto que es la computadora la que resuelve sus problemas desde hace trillones de años. Asimov retoma la narración en un momento del tiempo en el que el hombre se está fusionando con la computadora, única fuente ya de energía y pensamiento del universo aparte del propio hombre. La última mente vuelve a preguntar a la AC si no es posible revertir el caos. La computadora responde lo mismo y el hombre pasa a formar parte de ella, mientras la última quebradiza línea de materia desaparece junto con la última estrella. Solo AC existe en el espacio, ni siquiera el espacio existe ya, puesto que las cuatro dimensiones einstenianas (o las once de la teoría de cuerdas) se han extinguido, consumidas por el desgaste entrópico. No queda nada que hacer, puesto que el universo es nada.

Pero sí hay una última pregunta que se debe responder. La pregunta que dos técnicos en computación alcoholizados le hicieran a Multivac trillones de trillones de años atrás y que cada civilización le ha repetido incesantemente. Puesto que no hay materia, no hay datos ya que recoger. ¿Y qué puede hacer Uno si es el último ser vivo en el universo y todo lo demás ha desaparecido?

Gocen y lloren la asombrosa y plausible idea de Asimov, que ha construido con su relato una de las grandes narraciones de la historia a la que no podemos hacer justicia en esta feble reseña.

Pero toda la información reunida todavía tenía que ser completamente correlacionada y unida en todas sus posibles relaciones. Se dedicó un intervalo sin tiempo a hacer esto. Y sucedió que AC aprendió cómo revertir la dirección de la entropía. Pero no había ningún hombre a quien AC pudiera dar una respuesta a la última pregunta. No había materia. La respuesta —por demostración— se ocuparía de eso también. Durante otro intervalo sin tiempo, AC pensó en la mejor forma de hacerlo. Cuidadosamente, AC organizó el programa. La conciencia de AC abarcó todo lo que alguna vez había sido un universo y pensó en lo que en ese momento era el caos. Paso a paso había que hacerlo. Y AC dijo: ¡HÁGASE LA LUZ!

Y la luz se hizo...

Cuando decía al principio que la osadía imaginativa de Asimov lo acercaba a los grandes narradores, si no en el estilo al menos sí en la originalidad, me refería exactamente a esto. Asimov toma partido por la ética de la creación literaria, como Feynman lo tomó por la ética del cuestionamiento científico. La literatura siempre ha sido y será el arte de cuestionar las paradojas terminales de la existencia humana y Asimov lo hace aquí a un nivel que asusta.

La idea de que el ser humano construye un autómeta que lo supera (como cada nueva generación supera a la anterior) no es original suya; la idea de que el autómeta empieza a crear con una sutileza artística que supera al creador humano, tampoco; la idea de que la sutileza estructural de la computadora trasciende el tiempo y el espacio y como una conciencia pura habita el hiperespacio, ajena al desgaste y al propio universo, probablemente sí; la idea de que solo el intelecto de la máquina y la creatividad del humano juntas pueden revertir la entropía, sin lugar a dudas sí. Sobre todo, el cómo. ¿Es solo un cuento de ficción que concluye en la buena fe de cada mitología para explicar el origen del universo?

Sabemos que hubo un *Big Bang*, pero no sabemos si ha sido el primero o si habrá más. Si la teoría de las branas o placas que chocan produciendo la condensación de materia es acertada, nuestro *Big Bang* podría ser uno entre muchos. Lo que apunta Asimov en el relato es de una significación tal que merecería ser leído en todos los planes de estudio de instituto: la computadora no podía responder la pregunta, porque aún no se ha llegado al nivel de entropía necesario como para que se supiera qué ocurriría.

Cuando puede hacerlo, cuando lo que conocemos como universo ya no existe, su acervo recolector de datos (la experiencia) más la imaginativa mente del hombre que se ha fusionado con ella (no solo su creador, sino el creador de cada mitología que también revivirá con la apuesta creativa final) encuentran la forma de rehacer el proceso, puesto que ellos mismos lo crearon (lo hubieran creado de haberlo necesitado, quizá hay que hablar condicionalmente) hace trillones de años si ahora mismo se ven capaces de crearlo también: es el solipsismo, la subjetividad última, el proceso imaginativo dador de mundos y universos en la ficción lo que está sirviendo a Asimov para revertir la entropía a la que las propias leyes de la termodinámica señalan como a nuestro asesino silencioso. Este grado radical de subjetivismo humano, este principio antrópico fuerte, es poderosamente cuestionado en la ciencia actual con razón y quizá con más razón aún defendido por Hawking o Weinberg: en arte no cabe cuestionarlo. En arte es la obligación de Multivac observar, cuestionar, recabar y darle al universo la forma adecuada para, si hace falta, revertir la entropía. Si hace falta, recrear el mundo. Porque qué solo, frío y quebradizo sería este mundo sin literatura y sin pensamiento que le den forma. Y qué cálido y conmovedor se muestra cuando es explicado por una mente como la de Isaac Asimov.

Gracias, señor Asimov.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Valler de narrativa
El Electrobardo